

Hal Hartley

Hartley, working class hero

(...) Las primeras películas de Hartley muestran una América desconocida, la de los suburbios obreros (a unos pocos kilómetros de Nueva York, pero a años-luz de la “modernidad”), la de los inadaptados de guante blanco, las cafeterías lúgubres, la de las chicas que sueñan con escaparse de allí gracias a su malicia o a sus encantos, y los chicos que fantasean con hacerlo gracias a la violencia, pero que trabajan para ganarse la vida, por mantener la rutina y la aceptación del orden social. Es, en suma, un “Lejano Este” que los diluvios de sangre y de efectos especiales del cine dominante han vuelto, a nuestros ojos, más exótico todavía que el muy estereotipado Chinatown “misterioso” o que un gueto cualquiera acribillado por las ráfagas de armas automáticas. (...)

Lo conmovedor es que este lado documental es en Hartley, a fin de cuentas, contingente, secundario, incluso involuntario. El cineasta elige situar sus películas en el decorado que conoce mejor: el Long Island obrero de su juventud, poblado de personajes con los que probablemente haya tropezado o conversado alguna vez. Por otro lado, y desde *Simple Men*, también él ha escapado, porque, tras ser reconocido y premiado por la crítica internacional, su vida ha cambiado: por fin ha viajado más allá del Hudson, a esas regiones totalmente extranjeras que son Manhattan, Toronto y París.

Nada está, por tanto, más alejado del cinéma-verité que la obra de Hartley. Una técnica discreta pero plásticamente muy eficaz, actores desconocidos pero maravillosamente dirigidos puestos al servicio de guiones tan brillantemente contruidos como los de Eric Rohmer, tan espléndidamente dialogados como en las comedias clásicas, especies de “moralejas” modernas, revisadas y corregidas por un hombre salido de una universidad americana de los años ochenta, que no habría olvidado sus cursos de historia del cine o sus seminarios sobre la “teoría de la elección racional”. Reina entonces, en este cine de exigente pureza, un perfume de catolicismo de izquierda, incluso de *corrección política*, pero sublimado por una verdadera escritura cinematográfica, un hábil sentido de la imagen, y por un habla al fin liberada de los clichés de la “sitcom” y de la raquíca psicología que de ella deriva.

(...) La descripción sociológica de estos entornos minúsculos no cede jamás a la tentación de la sátira fácil, ésta es una de las principales fuerzas de Hartley. Incluso si rechaza “psicologizar” a sus personajes, la proximidad autobiográfica que mantiene con ellos les confiere una profundidad existencial que raramente vemos en pantalla. Los personajes de Hartley no son pues los simples “agentes” de “estrategias ficcionales”, ni marionetas cuya función sería ilustrar cuentos morales; sus discursos límpidos sin ser realistas, sus actos nada menos que ejemplares, su manera de reconocer súbitamente que desearían comprender la existencia tan fácilmente como se comprende el funcionamiento de un embrague automático, permiten una identificación que no será, para el espectador adulto, inconfesable.

Porque Hartley se expone, más allá de los mecanismos casi perfectos de sus finas intrigas, logrando así hablarnos de la sociedad, de la política, de la culpabilidad e incluso, en ocasiones, de la felicidad.

Felicidad de la puesta en escena, para empezar, de la realización de un viejo sueño que se llamaría cine (literalmente “a cualquier precio”), de la posibilidad de trabajar en un paisaje mediático devastado por la industria. Felicidad de escuchar, como refrescados por la falsa

inocencia americana, diálogos inteligentes y sobrios (¡Hartley no cita a Hawks y Preston Sturges por azar!), felicidad de ver por fin los paisajes urbanos de América de otro modo que pasados por el filtro del estereotipo.

Serge Grünberg, “Hartley, working class hero”, *Cahiers du cinéma*, número 460, octubre de 1992.